

DEBORAH LEVY

Leche caliente



Dos mujeres inglesas, madre e hija, llegan a la costa de Almería en pleno verano. La hija, Sofia, tiene veinticinco años, es licenciada en Antropología y se gana la vida trabajando en una cafetería, pero sobre todo se dedica a cuidar a su madre, Rose, que padece una enfermedad de diagnóstico difuso que le produce insistentes dolores. El motivo del viaje es precisamente un intento desesperado de buscar una cura para ella en la clínica del doctor Gómez, un médico que aplica tratamientos heterodoxos y que acaso no sea más que un charlatán. En los pocos ratos libres que le deja su posesiva madre, Sofia conoce a Ingrid Bauer, una alemana instalada en la zona, y a un apuesto socorrista de la playa. Y bajo el inclemente sol de la costa andaluza se desarrollará una hipnótica historia de auto-descubrimiento, iniciación sexual cargada de ambigüedad, deseos regidos por la confusión y búsqueda de espacios de libertad frente a una madre enferma y controladora. El escenario es una zona desértica en la que antaño se rodaron legendarios spaghetti westerns, donde el único verde de vegetación es el de los campos de golf y el mar está infestado de medusas. Con estos elementos Deborah Levy construye una novela envolvente, sensual y perturbadora, narrada por la vacilante Sofia, en la que asoman equívocas pulsiones sexuales, sombras del pasado – el padre griego ausente al que decide visitar– y la inquietante presencia de monstruos y mitos intemporales: las medusas, la Medusa.

A ti te toca romper los viejos circuitos.

HÉLÈNE CIXOUS,
La risa de la medusa

2015. ALMERÍA. SUR DE ESPAÑA. AGOSTO

Hoy se me cayó el ordenador portátil sobre el suelo de cemento de un chiringuito playero. Lo llevaba debajo del brazo y se deslizó de su funda de goma negra (que tiene forma de sobre) para acabar aterrizando con la tapa hacia abajo. La pantalla se ha resquebrajado por completo, pero al menos sigue funcionando. Toda mi vida está dentro de ese ordenador; no hay nadie que me conozca tan bien como él.

Quiero decir que si él se rompe, yo también.

Mi salvapantallas es la imagen de un cielo nocturno purpúreo, tachonado de estrellas, constelaciones y la Vía Láctea, cuyo nombre proviene del latín *lactea*. Hace años mi madre me dijo que yo debía escribir Vía Láctea así: γαλαξίας κύκλος, y me contó que Aristóteles observaba nuestro círculo lácteo desde Calcidia, a unos cincuenta kilómetros al este de la actual Tesalónica, donde nació mi padre. La estrella más antigua tiene trece billones de años, pero las estrellas de mi salvapantallas solo tienen dos años y están fabricadas en China. Ahora todo ese universo se ha resquebrajado.

No hay nada que pueda hacer al respecto. Parece ser que hay un cibercafé en el pueblo de al lado, igual de infestado de moscas que el nuestro, y que a veces el dueño arregla ordenadores si los desperfectos no son importantes, pero tendría que encargarse una pantalla nueva y tardaría un mes en llegar. ¿Seguiré aquí dentro de un mes? No lo sé. Depende de mi madre enferma, que ahora duerme bajo un mosquitero en la habitación contigua. En cualquier momento se despertará y gritará: «Tráeme agua, Sofia». Y le llevaré agua y nunca será la adecuada. Ya no sé ni lo que quiere decir agua, pero le llevaré lo que yo entiendo por agua: la de una botella que está en la nevera o la

de una botella que no está en la nevera o la del cazo donde la he puesto a hervir y la he dejado enfriar. Muchas veces me quedo mirando el manto de estrellas de mi salvapantallas y me dejo llevar, perdiendo toda noción del tiempo de una forma extraña.

Son apenas las once de la noche y podría estar flotando panza arriba en el mar, observando el auténtico cielo nocturno y la auténtica Vía Láctea, pero me dan miedo las medusas. Ayer por la tarde me picó una y me dejó marcada una intensa roncha púrpura en la parte superior del brazo izquierdo. Tuve que ir corriendo por la arena caliente hasta el puesto de primeros auxilios que se encuentra al final de la playa para que me pusieran una pomada. Me la aplicó un estudiante (de barba poblada) cuyo trabajo consiste en estar sentado allí todo el día atendiendo a los turistas que llegan con picaduras de medusa. Fue él quien me dijo que *jellyfish* en español es medusa. Yo creía que Medusa era una diosa griega que, tras una maldición, fue transformada en un monstruo y que su poderosa mirada podía convertir en piedra a cualquiera que la mirase a los ojos. Entonces, ¿por qué llamar como ella a esos animales marinos gelatinosos? El estudiante dijo que suponía que era porque los tentáculos de las medusas se parecen a la cabellera del monstruo mitológico, que siempre se representa con una retorcida maraña de serpientes en la cabeza.

Yo me había fijado en la imagen caricaturesca de Medusa estampada en la bandera amarilla que colocan junto al puesto de primeros auxilios para advertir del peligro. Esa Medusa tiene colmillos en lugar de dientes y ojos de loca.

«Cuando ondea la bandera de la Medusa es mejor no meterse en el mar. Eso depende de ti».

El estudiante me limpió la zona de la picadura golpeándola ligeramente con un trocito de algodón previamente empapado en agua de mar hervida y después me

pidió que firmase un formulario que parecía una solicitud. Era una lista de todas las personas de la playa a quienes les habían picado las medusas ese día. Tenía que rellenar el formulario con mi nombre, edad, profesión y país de origen. Demasiada información en la que pensar cuando tienes el brazo lleno de ampollas y un ardor insoportable. Me explicó que le exigían que hiciese llenar el formulario para así poder mantener el puesto abierto durante la recesión que atravesaba España. Si los turistas no lo necesitaban, el servicio se eliminaría y él se quedaría sin trabajo, así que era obvio que el chico estaba encantado de que hubiese medusas. Le proporcionaban pan que llevarse a la boca y gasolina para llenar el depósito de su motocicleta.

Le eché una ojeada al formulario y vi que la edad de las personas que habían sufrido picaduras de medusa iba desde los siete hasta los setenta y cuatro años y que la mayoría procedía de algún lugar de España, aunque había algunos turistas británicos y uno de Trieste. Siempre he querido ir a Trieste, porque suena a *tristesse*, que parece una palabra alegre, aunque en francés significa tristeza. En español suena más duro que en francés, es más un gemido que un susurro.

Yo no había visto ninguna medusa estando en el agua, pero el estudiante me explicó que tienen unos tentáculos larguísimos, de forma que pueden picarte aunque se encuentren muy lejos. Mientras me lo explicaba me frotaba el brazo con el dedo índice embadurnado con una suerte de ungüento. Parecía saber mucho sobre el tema. Las medusas son transparentes porque están compuestas en el 95% de agua y por eso se camuflan fácilmente. También me dijo que una de las razones por las que hay tantas en los océanos de todo el mundo es debido a que se pesca en exceso. Sobre todo, lo que yo no debía hacer era frotarme ni rascarme las ronchas del brazo. Todavía podían quedarme algunos restos de baba de medusa y, al frotar-

me la zona afectada, eso haría que se liberase más veneno, pero él me había puesto un ungüento especial que eliminaría las sustancias urticantes. Mientras el estudiante hablaba, podía ver sus labios rosáceos latiéndole como una medusa entre la barba. Me dio lo poco que quedaba de un lápiz y me pidió por favor que rellenara el formulario.

Nombre: Sofia Papastergiadis

Edad: 25

País de origen: Reino Unido

Ocupación:

A las medusas les da igual mi ocupación, ¿para qué me lo preguntan? Ese es un tema delicado, más doloroso que mi picadura y más problemático que mi apellido, que nadie es capaz de pronunciar ni de escribir bien. Le dije al estudiante que yo era licenciada en Antropología, pero que en aquel momento trabajaba en una cafetería del oeste de Londres que se llama Coffee House y tiene wifi gratis y unos bancos de iglesia restaurados. Tostamos nosotros mismos el grano y servimos tres tipos de café exprés... Así que no sé qué poner donde dice «Ocupación».

El estudiante se acarició la barba.

—¿Vosotros los antropólogos estudiáis los pueblos primitivos?

—Sí, aunque lo único primitivo que he estudiado en mi vida es a mí misma.

De pronto eché de menos los suaves y húmedos parques de Gran Bretaña. Sentí ganas de dejar caer mi primitivo cuerpo sobre la hierba verde sin medusas entre sus briznas. En Almería no ves hierba verde a no ser en los campos de golf. Las colinas desnudas y polvorientas están tan reseca que antes rodaban allí películas, los *spaghetti western*, incluso una protagonizada por Clint Eastwood. Los vaqueros de verdad debían de tener los labios siem-

pre agrietados, porque los míos habían empezado a estarlo debido al sol y tenía que ponerme bálsamo labial todos los días. ¿Quizá los vaqueros usaran grasa animal? ¿Pasearían la mirada por la inmensidad del cielo mientras echaban de menos los besos y las caricias? Y sus problemas ¿desaparecerían en el misterio del espacio como suele sucederme a mí cuando observo las galaxias de mi pantalla resquebrajada?

El estudiante parecía saber bastante de antropología, tanto como de medusas. Me propone una idea para llevar a cabo un «trabajo de campo original» mientras estoy en España.

—¿Has visto los entoldados de plástico blanco que cubren la mayor parte del paisaje de Almería?

Claro que había visto los fantasmales plásticos blancos. Cubren todos los valles y planicies hasta donde se pierde la vista.

—Son invernaderos —dice—. En mitad del desierto la temperatura en el interior de esas estructuras puede alcanzar los cuarenta y cinco grados. Contratan emigrantes ilegales para recoger los tomates y los pimientos para los supermercados, pero son como esclavos.

Lo mismo pensaba yo. Cualquier cosa que esté cubierta resulta interesante. Aunque nunca haya nada debajo de algo que esté cubierto. Cuando era niña acostumbraba a taparme la cara con las manos para que nadie supiese que estaba allí. Después me di cuenta de que al taparme la cara me hacía más visible, puesto que hacía que todos sintiesen curiosidad por saber lo que yo intentaba ocultar.

Miró mi apellido escrito en el formulario y después se miró el pulgar de la mano izquierda, doblándolo una y otra vez, como si estuviese comprobando si la articulación seguía funcionándole.

—Eres griega, ¿no?

Su atención es tan dispersa que me desconcierta. De hecho, nunca me mira a los ojos. Suelto la acostumbrada

letanía: mi padre es griego, mi madre es inglesa, yo nací en Gran Bretaña.

–Grecia es más pequeña que España, pero no puede pagar su deuda. Se acabó el sueño.

Le pregunté si se refería a la economía. Dijo que sí, que estaba haciendo un máster en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Granada, pero que se consideraba afortunado por poder trabajar en la playa durante el verano en aquel puesto de primeros auxilios. Si cuando terminase el máster seguían contratando gente en la cafetería Coffee House, iría a Londres. Afirmó no saber por qué había dicho que el sueño se había acabado puesto que nunca creyó en él. Seguro que lo había leído en algún lado y se había quedado con la copla. Pero eso de «se acabó el sueño» no era una frase que saliese de él. Para empezar, ¿de quién era ese sueño? El único sueño famoso que él recordaba era «Yo tengo un sueño...», del discurso de Martin Luther King, pero eso de que el sueño se había acabado daba por sentado que tuvo un principio y que ahora había llegado a su fin. El responsable de ese sueño era quien debía decir si se había acabado o no, nadie más podía hacerlo en su nombre.

Y a continuación me soltó una frase entera en griego y se sorprendió cuando le dije que yo no hablaba griego.

Es una constante fuente de vergüenza tener un apellido como Papastergiadis y no hablar la lengua de mi padre.

–Mi madre es inglesa.

–Sí. Solo estuve una vez en Skiathos, en Grecia, pero conseguí aprender algunas frases –dijo en su inglés perfecto.

Era como si me reprochara que yo no fuera todo lo griega que debía. Mi padre dejó a mi madre cuando yo tenía cinco años, y como ella es inglesa me hablaba siempre en inglés. ¿A él qué le importaba? Además, se suponía que solo debía ocuparse de la picadura de medusa.

- Te he visto en la plaza con tu madre.
–Sí.
–¿Tiene problemas para andar?
–Hay veces que Rose puede andar y otras no.
–¿Tu madre se llama Rose?
–Sí.
–¿La llamas por su nombre?
–Sí.
–¿No le dices mamá?
–No.

El zumbido de la pequeña nevera que estaba en un rincón del puesto de primeros auxilios era como algo muerto y frío pero que latía. Me pregunté si dentro habría botellas de agua. *Agua con gas, agua sin gas*. Siempre estoy pensando en diferentes maneras para hacer que el agua suene un poco menos mal a oídos de mi madre.

El estudiante miró el reloj.

–La norma para todos los que han sufrido picaduras de medusa es que permanezcan aquí cinco minutos. Es para que yo pueda comprobar que no sufren un ataque cardíaco o cualquier otra reacción.

Volvió a señalar el apartado «Ocupación» del formulario que yo había dejado en blanco.

Puede que fuese por el dolor de la picadura, el caso es que de pronto me vi hablándole de mi patética y minúscula vida.

–Más que una ocupación, lo que yo tengo es una preocupación, que es mi madre, Rose.

Mientras yo hablaba, él se pasaba los dedos por las pantorrillas.

–Hemos venido a España para que la atiendan en la Clínica Gómez y ver si descubren qué le pasa en las piernas. Dentro de tres días tenemos la primera cita.

–¿Tu madre tiene parálisis en las extremidades?

–No lo sabemos. Es un misterio. Es algo reciente.

Empezó a desenvolver un trozo de pan blanco envuelto en plástico transparente. Creí que se trataba de la segunda parte de la cura para la picadura de medusa, pero resultó ser un sándwich de mantequilla de cacahuete, que dijo que era su almuerzo preferido. Dio un mordisco y su barba negra y brillante se movió en círculos mientras masticaba. Conoce la Clínica Gómez. Es muy reputada. Y también conoce a la mujer que nos alquiló el pequeño apartamento rectangular de la playa. Lo elegimos porque no tiene escaleras. Tiene una sola planta, dos dormitorios contiguos, una cocina, y está cerca de la plaza principal, de todos los cafés y del supermercado Spar. También está pegado a la Escuela de Buceo y Náutica, un cubo blanco de dos pisos con ventanas ojo de buey. En este momento están pintando la zona de recepción. Todas las mañanas dos marroquíes se afanan en el trabajo con un par de botes gigantes de pintura blanca. En la azotea de la escuela de buceo hay un perro alsaciano flaco que pasa el día entero encadenado a una barra de hierro y que no para de aullar. El perro es de Pablo, el director de la escuela de buceo, pero Pablo pasa todo el tiempo frente al ordenador jugando a un videojuego que se llama *Infinite Scuba*. El perro no deja de tironear de la cadena como loco y de vez en cuando intenta saltar por la azotea.

—Pablo no le cae bien a nadie —me confirmó el estudiante—. Es de esos tipos que serían capaces de desplumar una gallina viva.

—Ese sería un buen tema para un trabajo de campo antropológico —dije.

—¿Cuál?

—Por qué Pablo no le cae bien a nadie.

El estudiante levantó tres dedos. Supuse que aquello quería decir que tenía que permanecer otros tres minutos en el puesto de primeros auxilios.

Por las mañanas los instructores de la escuela les enseñan a los alumnos a ponerse los trajes de buceo. Les mo-

lesta que el perro esté todo el tiempo atado en la azotea, pero ellos siguen a lo suyo. Después de la clase tienen que llenar de gasolina unos bidones de plástico con un embudo, transportarlos por la arena sirviéndose de un carrito eléctrico hasta el bote y subirlos a bordo. Todo el procedimiento es bastante complicado comparado con el del masajista sueco, Ingmar, que suele montar su tienda a la misma hora. Ingmar transporta la camilla por la playa con unas pelotas de *ping-pong* atadas a las patas para deslizarla sin problemas por la arena. Él mismo se me quejó del perro de Pablo, como si el hecho casual de vivir en el portal de al lado de la escuela de buceo me convirtiese de alguna manera en copropietaria del desgraciado al-saciano. Los clientes de Ingmar no pueden relajarse jamás por culpa de los gemidos, aullidos, ladridos e intentos suicidas del perro que se suceden a lo largo de todo el masaje con aromaterapia.

El estudiante del puesto de primeros auxilios me preguntó si podía respirar normalmente.

Empiezo a sospechar que lo que quiere es retenerme allí.

Levantó un dedo.

–Tienes que quedarte aquí un minuto más y luego tengo que volver a preguntarte cómo te sientes.

Quiero tener una vida más grande.

Lo que más me pesa es pensar que soy una fracasada, pero prefiero trabajar en la Coffee House a que me contraten para llevar a cabo una investigación sobre por qué los consumidores prefieren una lavadora en lugar de otra. La mayoría de mis compañeros de facultad terminaron trabajando como etnógrafos en alguna empresa. Si la etnografía es el estudio de la cultura, la investigación de mercado es otra especie de estudio cultural (dónde vive la gente, el tipo de entorno que habita, cómo se reparten la tarea de lavar la ropa los miembros de una comunidad...), pero al final de lo que se trata es de vender lavadoras. Ni siquiera

estoy segura de querer realizar un trabajo de campo real que conlleve estar tumbada en una hamaca observando cómo pastan los búfalos sagrados a la sombra.

No estaba de broma cuando afirmé que un buen trabajo de campo podría titularse *Por qué Pablo no le cae bien a nadie*.

Para mí el sueño está más que acabado. El sueño empezó aquel otoño cuando hice las maletas para irme a la universidad y dejé que mi madre coja se las arreglara sola para recoger las peras del árbol de nuestro jardín en el este de Londres. Saqué la licenciatura con matrícula de honor. El sueño continuó mientras estudiaba el máster. Se acabó cuando Rose enfermó y abandoné el doctorado. Mi tesis inconclusa todavía acecha en un archivo digital detrás de mi pantalla resquebrajada como un suicidio involuntario.

Sí, es cierto que algunas cosas se están agrandando (la falta de sentido de mi vida), aunque no las que debieran. Los bizcochos de la Coffee House son cada vez más grandes (del tamaño de mi cabeza), las facturas son cada vez más grandes (los recibos no ofrecen demasiada información, constituyen un trabajo de campo en sí mismos), también mis muslos (una alimentación a base de sándwiches, pasteles...). Mi cuenta bancaria, en cambio, disminuye cada vez más, al igual que los maracuyás (aunque las granadas son cada vez más grandes, al igual que la contaminación y mi vergüenza por dormir cinco noches a la semana en el almacén del segundo piso de la Coffee House). Casi todas las noches en Londres me desplomo atontada en la cama de dimensiones infantiles. No tengo excusa para llegar tarde a trabajar. Lo peor de mi trabajo son los clientes que me piden que los ayude con los cargadores de sus móviles y sus ratones inalámbricos. Todos van de camino hacia algún lado mientras yo recojo sus tazas y escribo etiquetas para las tartas de queso.

Di unos pisotones en el suelo para distraerme del dolor que me traspasaba el brazo. En ese momento me di cuenta de que se me habían desatado los tirantes del sujetador del bikini y que mis pechos desnudos se bamboleaban arriba y abajo a medida que daba golpes con los pies. El nudo debió de soltarse mientras nadaba, lo cual significa que cuando corrí por la playa y entré en el puesto de primeros auxilios ya iba con los pechos al aire. Quizá por eso el estudiante no sabía dónde mirar mientras hablábamos. Le di la espalda al recolocarme los tirantes.

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

—Ya puedes irte.

Cuando me volví, su mirada sobrevoló rápidamente mis pechos cubiertos.

—No has llenado el apartado «Ocupación».

Cogí el lápiz y escribí CAMARERA.

Mi madre me había pedido que lavase su vestido amarillo con estampado de girasoles porque quería ponérselo para su primera cita en la Clínica Gómez. No me importa hacerlo. Me gusta lavar ropa a mano y tenderla para que se seque al sol. Empezó a dolerme otra vez la picadura a pesar del ungüento que el estudiante me había extendido por todo el brazo. Me ardía el rostro, pero creo que eso se debía al apuro que pasé al rellenar el apartado «Ocupación» en el formulario. Era como si el veneno de la medusa hubiese liberado, a su vez, otra sustancia maligna escondida en mi interior. El lunes mi madre expondrá ante el especialista sus diferentes síntomas como si se tratase de una serie de misteriosos canapés variados. Yo sostendré la bandeja.

Allí va. La preciosa chica griega cruza la playa en bikini. Hay una sombra entre su cuerpo y el mío. A veces arrastra los pies por la arena. No tiene a nadie que le unte protector solar en la espalda y a quien decirle aquí sí no sí ahí.